

Hipermodernidad: la sopa erótica se come con tenedor

Erika Coronas Olivera
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Resumen

Este artículo retoma el erotismo como práctica ideológica construida por las representaciones culturales que dinamizan las relaciones en la sociedad. Se critican las bases del conocimiento de la sexualidad, y cómo estas creencias culturales profundas se manifiestan en las prácticas sociales, sustentadas ideológicamente, para hacer una descalificación simbólica de la diversidad erótica, restringiéndola a un aprendizaje vicario que impide el uso de una sensorialidad múltiple. Retomando las características de la sociedad hipermoderna, se explica la formación de estructuras de conocimiento sobre el erotismo paradójicas con base en el contexto ideológico, a partir del cual se analizan la base cultural común y las estructuras hegemónicas que hacen del erotismo algo superficial y homogéneo, para lo cual se echa mano de la teoría de la categorización de los grupos sociales, el uso compartido de los estereotipos, los roles de género y la identidad sexual. La finalidad es señalar las dificultades de practicar un erotismo consciente como consecuencia de una construcción de la sexualidad instrumentalizada por el poder.

Palabras clave: erotismo, hipermodernidad, representaciones culturales, género, ideología.

Abstract

This article settle down in the eroticism as an ideological practice built by cultural representations that moving relations in society. The basis of knowledge of sexuality are criticized. Moreover, examine how these deep cultural beliefs are manifested in the social practices, based ideologically, to make a symbolic disqualification of the erotic variety, restricting through a vicarious learning that restrict the use of a multiple sensory experience. Whit the characteristics of the hypermodern society, explains the formation of paradoxical awareness eroticism structures based on the ideological context, from which common cultural base is analyzed collected whit the hegemonic structures that make the eroticism something superficial and homogeneous, for such description used the theory of categorization of social groups,

the shared use of stereotypes, gender roles, and sexual identity. The final purpose is to point out the difficulties of practicing a conscious eroticism as a result of the construction of sexuality instrumentalized by the power.

Key words: eroticism, hypermodernity, cultural representations, gender, ideology.

El antojo en la mirada

La sexualidad y el sexo son voces populares, no así el erotismo, cuya palabra tiene un uso verbal limitado a ciertas clases y grupos sociales, quienes asumen un interés por el cuerpo que excede los estándares de cuidado, mezclándose con los propósitos de seducción. Es en el ámbito del espectáculo donde aparecen los referentes eróticos: en el cine, la televisión y en internet; son las actrices y los astros de la música los referentes que han sido proyectados al medio del entretenimiento, teniendo sumo cuidado en la presentación de su imagen. De esta manera se transmiten las representaciones culturales de lo que debe ser el erotismo, conformándose una base cultural común a partir del fenómeno de la comunicación de masas, servida hasta los hogares por medio de los aparatos tecnológicos de las personas que aprendemos vicariamente la normatividad de la expresión sensual. Entonces tenemos derivaciones lingüísticas como: excitante, cachondo, picante, etc. Mas lo que se observa en la televisión no corresponde con la realidad de nuestra vida cotidiana, pero un contacto visual frecuente con estos medios produce en la colectividad desplazamientos de los símbolos eróticos emanados, que tienden a resolverse en aproximaciones más o menos comunes y corrientes.

La expectativa sensual, producto de los símbolos eróticos ofrecidos por los retocados medios del espectáculo, no se diluye en la dinámica social; más bien tiende a reafirmarse simbólicamente en una sociedad hipersensible que se expresa con homogeneidad estereotípica, y al preguntarle qué es el erotismo responde con lugares comunes, por poner un ejemplo el de la bailarina exótica. En la *vox populi*, el erotismo es algo que enciende el cuerpo, un *precoitus* sin necesidad del *coitus*.

Dentro de las paradojas de la hipermodernidad es difícil saber qué es el erotismo, cuando lo fundamental es pasar desapercibido si sabes que tu identidad no mola, lo que es bastante subjetivo, porque lo que gusta está en función de los centros de pertenencia social y las afinidades que se tienden con los miembros de determinados grupos sociales. El erotismo está en función de la sociedad, o mejor dicho, el erotismo está en función del ser social. Dentro de las aproximaciones simbólicas, producto de las representaciones culturales que maquilan e importan los establecimientos periodísticos hacia la colectividad, la sociedad simpatiza con los personajes y entabla un diálogo mayormente secreto e inconsciente, entre los modelos mediáticos y los modelos sociales de convivencia: la sociedad disimula. Desgraciadamente, como estas percepciones suelen ser integradas en la sociedad junto con la normatividad de los sexos, se generaliza un erotismo que segrega lo

erótico subjetivo, por lo que tiende a ocultarse en favoritismo de los estereotipos como el modelo fisicoculturista o la puta fácil.

En realidad lo erótico se inviste de significados subjetivos, pero da miedo decir algo equivocado; es más sencillo hacer que decir, y es más sencillo mirar y acostumbrarse. Lo erótico se traduce en significados sociales que tienen un sentido local, en el acuerdo implícito del contexto, en el qué hacer que aporta un beneficio inmediato, pero de esto no se está individualmente seguro, sino por el reconocimiento del peso de la macroestructura que lo sostiene. El erotismo es un fenómeno superficial y constante que se ha vuelto práctico; es una pragmática sugerente de lo que es agradable a la vista, siendo éste sentido el benefactor de los índices eróticos. La pregunta que emerge de este artificio social de bases profundas es si su manera de aceptación y reproducción social provoca actitudes en función de un centro de control ideológico dominante y de qué tipo son esas estrategias de poder.

La sopa con tenedor

La categoría de erotismo se mueve en el lenguaje entre el vacío y el anonadamiento. Esta indeterminación del significado de erotismo en la expresividad del lenguaje proviene tanto de prácticas sociales incompletas como de definiciones poco integrales e incluyentes, en el sentido de que se dejan fuera muchas esferas del conocimiento interhumano. Hablando del proceso de conocimiento de las cosas, el antropólogo Joan Vendrell (2004) asegura que la definición generalizada de la sexualidad no nos sirve realmente para explicar el lugar que tiene esta misma en nuestras vidas:

[Casi] todo el mundo sabe que la sexualidad existe. Ahora bien, ¿alguien sabe lo que es?, ¿podemos aspirar a obtener una respuesta clara y convincente de un ciudadano cualquiera al preguntarle qué es la sexualidad?, ¿encontraremos acuerdo al respecto en los textos académicos que podamos consultar? Ya les adelanto que no, al menos no más allá de una definición estrictamente biogenética. Y si estamos de acuerdo —lo que no creo que sea demasiado difícil— en que la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos no va por ahí hablando de la sexualidad en términos biogenéticos, entonces habremos de convenir en que la utilidad del término “sexualidad” no queda muy clara, al menos desde una perspectiva científico-social (Vendrell, 2004: 74).

La definición biogenética fue un antecedente para que la psicología generara su propia definición de sexualidad. Galimberti (2011: 998) define sexualidad como “el complejo de caracteres físicos, funcionales, psíquicos y culturales aptos para la perpetuación de la especie”. La visión biogenética continúa posicionada dentro de las ciencias en primer término. Esta visión de la sexualidad acorde al androcentrismo científico estuvo en su fundación ligada a la función reproductiva,

persistente en el paradigma cognitivista dominante. Desde este punto de vista la conducta sexual puede verse reforzada ideológicamente por la finalidad reproductiva, de tal forma que hay que tomarla con pinzas, lo que es otro factor paralizador del erotismo. La moderna definición psicológica de sexualidad agregó los procesos de relación, y entonces se empezaron a hacer investigaciones para definir cuáles eran las diferencias de los dos integrantes de la sexualidad: el hombre y la mujer, de modo que se siguió el camino trazado por las narrativas históricas, con la sombra larga de la jurisprudencia auspiciando un castigo penal desde la época de Justiniano.

La delimitación de los géneros se continuó en los estudios sociológicos y psicológicos, en la prensa y en el cambio de formas de vida del capitalismo al capitalismo tardío. El pensamiento social se bañó con la visión identitaria de la adscripción a los géneros:

Aproximadamente desde 1970 la idea de que hombres y mujeres eran completamente diferentes se vio plasmada en la concepción de la masculinidad y la feminidad, como rasgos polares y unifactoriales (Bem, 1981; Spence, 1993) [...] Por consiguiente, era lógico suponer que los hombres representantes de la "masculinidad" *versus* las mujeres representantes de la "feminidad", eran completamente diferentes en comportamientos, características y actitudes (Díaz-Loving, Rocha y Rivera, 2007: 22).

La visión bipolarizada de los roles de género se reforzó en la modernidad —a partir de campañas en la esfera pública— en beneficio de los secretismos y las consideraciones burguesas de una sociedad comprometida con el progreso, donde la mujer doméstica y el ciudadano del mundo surgen con la promesa de un mejor futuro, dejando a la sexualidad en un papel secundario, no por eso dejando de estar bien delimitado. Es en este proceso político donde la ideología hegemónica excluye a la sexualidad, generando un erotismo impregnado de buenas costumbres.

Remontándonos al contexto del Porfiriato, donde el modelo heteronormativo pesaba en la sociedad mexicana con un imaginario de reminiscencias coloniales, donde la cultura y la moral eran partes fundamentales de la interacción social, hay que decir que el erotismo se supeditaba de la misma manera que en cualquier otra gran ciudad en crecimiento, al orden de las cosas. Con el lema de "orden y progreso" se impulsaba una ideología empresarial exclusiva del sector masculino, mientras la mujer debía estar dedicada a las labores domésticas. Desde el tintero de Cristina Rivera-Garza (2010) se describe aquel contexto porfirista:

Los procesos de industrialización y urbanización que caracterizaron al régimen porfiriano [...] no sólo crearon expectación y esperanza sino también temor y agitación pues, a pesar de su certeza en el progreso, la élite porfiriana también tenía numerosas oportuni-

dades para experimentar aprensión y alarma. [...] La participación cada vez más activa de las mujeres en la fuerza laboral, así como su acceso cada vez mayor a la educación, alertó a los porfirianos contra la menospreciada influencia del feminismo. De hecho, los porfirianos modernizadores vitoreaban el progreso pero nunca a expensas del orden.

Tan selectivos como entusiastas, los porfirianos luchaban por preservar y cultivar un orden social y moral que apoyara a las clases existentes y a las jerarquías étnicas, al patriarcado y a la familia nuclear. Planearon lograrlo al diseñar una serie de iniciativas legales para regular la vida pública, los espacios urbanos e incluso los cuerpos humanos. No obstante, la ciudad demostró ser difícil de tomar (Rivera-Garza, 2010: 51).

Este antecedente social nos habla del efecto que provocó la industrialización en la dinámica social, efecto que se extiende ideológicamente hasta nuestros días, aunque sean ahora mucho más las mujeres que van a las universidades y se desenvuelven profesionalmente con éxito. En este contexto, el erotismo se vio herido en sus normas, cuando a través de la dinámica social se transgredieron los roles de género, modificando las condicionantes simbólicas de la tradición. Por eso las relaciones humanas simplemente cambiaron cuando los sectores de la industria se abrieron al público en general.

Pero la sociedad no se detuvo en sus mutaciones, y el cambio de la era moderna a la hipertecnológica se vistió de una característica principal: el hiperconsumo. El siglo XXI trajo —junto con el hiperconsumo— una forma distinta de experimentar la realidad y de relacionarse con las personas. Para Sébastien Charles (2006: 26), el *boomerang* del hiperconsumo y la democratización de la cultura han creado una base cultural que absorbe e integra partes crecientes de la vida social, “que se organiza más bien en función de fines y criterios individuales, y según una lógica emotiva y hedonista”. Charles cita de Lipovetsky:

La búsqueda de los goces privados ha ganado por la mano de la exigencia de ostentación y de reconocimiento social: la época contemporánea ve afirmarse un lujo de tipo inédito, un lujo emocional, experiencial, psicologizado, que sustituye la primacía de la teatralidad social por la de las sensaciones íntimas (Lipovetsky, 2004, *apud* Charles, 2006: 26-27).

El hedonismo es la marca de la hipermodernidad, lo que motiva el erotismo en su vacuidad, a la lente interna a seguir mirando y complaciéndose, a intentar imitar lo que vemos en los medios, todo esto atravesado por una búsqueda de la autenticidad personal. El sociólogo Peter Wagner enmarca el triunfo del materialismo en el cambio de pensamiento; desde su óptica: “el postmodernismo rechaza la idea de que la vida social humana tenga fundamentos universales, no admite la existencia de valores universales y acentúa, en su lugar, la diferencia y la multiplicidad” (Wagner, 2002: 303), lo que conlleva una pérdida de la tradición a la vez que

una transfiguración de los valores y la moral social. Entonces *¿cómo comerse esta sopa molecular si se tienen los sentimientos revueltos de reconocerse individual y sibarita por un lado, mientras se está atado a las normas de un sentido común perturbador y la necesidad de un tenedor?* Hay algo en la hipermodernidad que no termina por cuajar.

Desde la perspectiva de la filósofa Beatriz Preciado (Sánchez-Mellado, 2010), el hedonismo posmoderno es una ilusión que viven las sociedades de rasgos neoliberales; esta autora comentó en una entrevista cuál es la meta de este hedonismo: "El hecho de que lo que mueve la cultura sea el placer no quiere decir que el fin sea hedonista. El objetivo es la producción, el consumo y, en último término, la destrucción". Bajo la lupa de esta dicotomía en el hueso de la sociedad que muestra una carne reluciente, es necesario descubrir las estructuras paradójicas del erotismo en la hipermodernidad.

La construcción de los roles de género del siglo XIX está sincronizada con la forma como se miran las identidades sexuales en dicho siglo, debido a que los valores simbólicos, promovidos por la ideología hegemónica, siguen sosteniendo la vieja tradición. Mientras la colectividad empieza a conocer nuevas formas del ser sexual y de experimentar el erotismo, por poner un ejemplo la inclusión de los afectos, existe un movimiento político que reintroduce constantemente los contenidos históricos ya enmascarados con la funcionalidad moderna. La objetividad del sistema aparece transfigurada en la subjetividad de las personas como una mentira piadosa que tergiversa las "nuevas creencias", y sobre ellas se fundamenta la interacción social. Las personas de las nuevas generaciones están esperanzadas por el ejercicio de una sexualidad de escaparate, donde los *slogans* pregonan volutas de afecto, aunque se está más o menos dispuesto al molde. La sociedad se encuentra más o menos alentada y más o menos predispuesta. Bajo la corteza de una sociedad instrumentalizada, prima la búsqueda del *self* en el otro, esto a través de la otredad desconocida. En la época hipermoderna, la química del amor se basa en hipótesis de reacciones afectivas dentro de los estereotipos.

La teoría psicosocial de la categorización social de Henri Tajfel (1984) tiene mucho que ofrecer todavía para la examinación del obstáculo de la segregación social. Este obstáculo forma parte de todos los grandes problemas sociales. En lo que va del erotismo, el nudo por el este está atorado, es el pensamiento dicotómico en tanto segregación radical de hombres y mujeres. La categorización de las actitudes que deben tener una mujer y un hombre, en la implantación del terreno social, ha dificultado que el erotismo transcurra libremente a través de las esferas involucradas, esto es, el conocimiento de los deseos individuales en detrimento de la repetición de los deseos que la base cultural emana.

En los estudios psicosociales de género han existido dos enfoques: el societal y el individualista. La psicóloga social Lilia Campos (2009) explica que el enfoque

societal se apoya en los estereotipos, sus valores y sus normas, mientras que el enfoque individualista se basa en el individuo y sus particularidades de personalidad. Con la visión societal se observan y explican las representaciones y los comportamientos colectivos, mientras que con la visión individualista se observan y explican los sentimientos y las actitudes, es decir, la subjetividad en la autorrepresentación.

Participando del enfoque societal, Stallybrass (1977) definió un estereotipo como "una imagen mental muy simplificada de alguna categoría de personas, institución o acontecimiento que es *compartida*, en sus características esenciales, por gran número de personas". Henri Tajfel (1984) toma esta definición de estereotipo del diccionario de Stallybrass (1977) y da esas cursivas a *compartida*, hablando de categoría, para señalar que esta definición de estereotipo abarca en su significado la funcionalidad de los procesos que recogen a la categoría de estereotipo como un fenómeno psicosocial. Tajfel (1984) agrega que los estereotipos muchas veces irán acompañados de prejuicios con una predisposición favorable o desfavorable para el miembro del grupo de la categoría que se maneje, y sostiene que los estereotipos "pueden llegar a ser *sociales* sólo cuando son *compartidos* por gran número de personas dentro de grupos o entidades sociales, entendiendo por compartir un proceso de difusión efectiva" (Tajfel, 1984). Parafraseando a Henri Tajfel sobre el sentido cognitivo de la categorización, los estereotipos tienen la función principal de simplificar o sistematizar la abundancia y la complejidad de la información recibida del medio por parte del organismo humano para lograr la adaptación de la conducta. Pero el *quid* del erotismo, visto en cómo las categorías sociales de los hombres y las mujeres son usadas como el conocimiento de una funcionalidad erótica, hace saltar a la vista que lo que se necesita es precisamente una descategorización que por ahí comience.

La teoría psicosocial de los grupos humanos y el uso de las categorías sociales son un antecedente básico para comprender la dinámica de los roles de género, en la cual seguimos inmersos, pero estamos próximos a salir.

La categoría de género fue usada por vez primera en 1955 con el sentido de designar las características actitudinales de la masculinidad y la feminidad. Bajo esta perspectiva es que John Money (1955) decantó el *gender role*. Judith Butler (2012) narra cómo Money profundizó en su visión del género forzando, a través de procedimientos no éticos, las investigaciones en el Gender Identity Institute y la Johns Hopkins University (*ibidem*: 89-111). Con sus investigaciones concluyeron:

La puerta de la identidad de género está abierta en el nacimiento de la vida de un niño o niña normal de una forma no menor que para uno nacido con órganos sexuales no acabados o para uno que haya estado sobreexposto al andrógeno o al que le haya faltado el andrógeno, y permanece abierta durante al menos más de un año después de nacer (Butler, 2012: 94).

Este constituye un primer enfoque de los roles de género, ampliamente criticado por su visión unidimensional, el cual consiste en la asignación de patrones de comportamientos que se espera que todas las personas, dependiendo su genitalidad, adopten en su socialización. Cabe mencionar que las implicaciones de la teoría de los roles de género son a la vez causas y efectos históricos dominantes del ambiente social que actúan a través del discurso hegemónico. Así es como la categoría de género, usada para disociar los comportamientos de hombres y mujeres, participa del proceso de la sexualización normativizada y de una instrumentalización de los géneros; la adquisición de identidad se adscribe a un uso erótico del cuerpo en beneficio de la ignorancia de los auténticos deseos de las personas.

Es necesaria una acotación sobre la multiplicidad de usos alrededor de la categoría de sexualidad y su campo semántico. El uso del epítome sexual acompaña de forma tácita a los roles de género y a la identidad sexual porque al hablar de roles de género hablamos también de roles sexuales, dado que los roles de género derivan del carácter anatómico de los órganos genitales, que para fines institucionales se hacen llamar "sexo" y para fines demográficos "órganos reproductivos". Por otro lado, el epítome *sexual* acompaña a la identidad desde que ésta se considera algo ya dado con el nacimiento.

Dejar habitar en nuestra mente las representaciones culturales más absurdas respecto al género es dormir con el enemigo, donde el reconocimiento de la identidad sexual es una técnica de poder social insertada de tal forma que los rasgos normativizados implícitos aparecen como naturales y sin necesidad de ninguna justificación jurídica. No existen leyes escritas que legitimen este estado de las cosas porque no es necesario; la negación a vivir un erotismo rico en posibilidades existe sobre una simplificación que allana en la cultura de manera tácita e indiscreta: los hombres y las mujeres. Y sobre esta consideración primigenia se despliegan todas las actividades sociales que complementan al ser humano.

Respecto a lo anterior, la sexualidad es un rasgo de reconocimiento humano con base en un estatus identitario binario, que la heteronormatividad posibilita en las prácticas sociales con una dirección ya performada. La subjetividad del erotismo ha considerado que existen hombres de diferentes colores que deben gustarle a algunas mujeres, y viceversa; la ideología hegemónica nos ha hecho considerar esta visión objetiva y simplona del erotismo como nuestra posibilidad de elegir. Vivimos inmersos en la biopolítica: el uso del poder en los cuerpos con la presencia de los aparatos del Estado en la vida de las poblaciones (Foucault, 1976), razón por la que nuevas performatividades eróticas "fracasan" al no servir al estatuto del sexo, al no reafirmar el *statu quo* de la sociedad.

El erotismo debe volcarse hacia el ámbito privado como consecuencia de una reconsideración de las prácticas sexuales. Bataille distingue tres tipos de erotismo: el corporal, el espiritual y el sagrado, siendo el erotismo espiritual la transparencia

del mundo vista a través del ser amado (Bataille, 1992: 35); donde esa transparencia está unida a una imagen de la perfección del mundo, el erotismo es un filtro que transforma el mundo.

Desde una visión más abarcadora, y a manera de paráfrasis, la teoría *queer* explica que el erotismo debería ser un discurso sin restricciones. La teoría *queer* ha afirmado, en resonancia con la biopolítica, que el cuerpo es una extensión tecnológica, que es necesario considerar al cuerpo como un hacedor de técnicas. Beatriz Preciado comenta que si el cuerpo es un hacedor de técnicas, podremos apropiarnos de él a partir del conocimiento de las mismas, porque:

Quizás el origen de todo sea el cuerpo, pero no como organismo natural, sino como artificio, como arquitectura, como construcción social y política. Eso que siempre imaginamos como biológico — la división entre hombre y mujer, masculino y femenino— y que es una construcción social. [...] la dimensión técnica de eso que parece natural (Preciado, 2010).

El erotismo, al estar en el cuerpo, y más que nada en la mente, sometido a la técnica política dicotómica del reforzamiento de la mujer construida y el hombre construido, reafirma en sus visos la marca hegemónica en la socialización. El individuo puede, desde el proceso de la autorrepresentación, descategorizar las formas hegemónicas de la sexualidad y el erotismo, para construir nuevas formas ideológicas.

Conclusiones: construir el erotismo

La racionalización de la sexualidad está ocurriendo en las sociedades hipermodernas de la mano del aprendizaje vicario, esto es, más visual que hablado, más practicado que comprendido. Reconocer los momentos en que las personas contribuyen a la fijación de los géneros, es descubrir los mecanismos que el discurso hegemónico promueve en la reactivación constante de las representaciones culturales patronizadas con que la sociedad impide a las personas elegir libremente. En este sentido, el pensamiento de Butler (2012) designa al género deshecho, porque se le impide ser y hacerse a sí mismo.

Contrapuesto al enclave hegemónico en que la sexualidad se regodea cognoscitivamente como un acto cuya principalidad es sensorial y cuyo fin es reproductivo, se encuentra un erotismo espiritual, donde no sólo los afectos están involucrados, sino también el reconocimiento del otro en el que el yo termina por conocerse. Todo ese camino es a la vez que un autoconocimiento individual, la experimentación del espíritu en el ejercicio del deseo.

La paradoja de la construcción narcisista de la sociedad, en la que el individuo termina por desconocerse en soledad por no tener contacto humano, es otro

elemento de la estructura que produce una homogeneidad sistemática de los individuos en consonancia con la pervivencia del sistema. En este sentido, el erotismo narcisista también es avasallador. Pero también está la diferencia, la necesidad de ser de otra manera, originada en las minorías que de alguna manera dependen de sus propias capacidades para generar alternativas de vida, siendo agentes de cambio sin que se les sea reconocida su agencia que, mirada desde afuera, no corresponde con las prácticas estandarizadas socialmente. Es este un buen sentido para implosionar un erotismo más consciente. Deben buscarse las formas de expresión locales para que las diferencias de opinión sean consideradas a un mismo nivel y en coexistencia: maneras de incluir a la diversidad.

En el sentido de la estandarización *versus* diversidad, las problemáticas son muros sólidos; por ello en la diversificación no se trata de derribar esos muros para implantar otros, sino de ver cuáles han sido los caminos por los que las personas de la diversidad han logrado coexistir en la sociedad de una forma digna, lo que puede verse en la nueva política de género, en la que se unen movimientos de transexualidad, transgénero, intersexualidad, feminismo y *queer*, lo que tampoco significa que la diversidad sexual se base en una nueva imposición de modelos, como se sugirió con la metáfora del muro, sino que se miren las políticas humanas generadas por la existencia de la diversidad, no para convertirnos a ese erotismo, sino para manejarlos socialmente a partir de nuevas consideraciones políticas.

Referencias bibliográficas

- Bataille, Georges (1992), *El erotismo*, México, Tusquets.
- Butler, Judith (2012), *Deshacer el género*, Barcelona, Paidós.
- Campos, Lilia (2009), "Mitos, realidades y elucidaciones sobre el género", en Abraham Quiroz (coord.), *Estudios de cultura política y género*, Puebla, BUAP, pp. 105-127.
- Charles, Sébastien (2006), "El individualismo paradójico. Introducción al pensamiento de Gilles Lipovetsky", en Gilles Lipovetsky, *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona, Anagrama, pp. 11-49.
- Foucault, Michel (1976), *La genealogía del racismo*, Buenos Aires, Caronte.
- Galimberti, Umberto (2011), *Diccionario de psicología*, México, Siglo XXI.
- Lipovetsky, Gilles (2004), *El lujo eterno. De la era de lo sagrado al tiempo de las marcas*, Barcelona, Anagrama.
- Money, John (1955), "Hermaphroditism, Gender and Precocity in Hyperadrenocorticism: Psychologic Findings", en *Bulletin of the Johns Hopkins Hospital*, vol. 96, núm. 6, pp. 253-264.
- Díaz-Loving, Rolando, Tania Rocha y Sofía Rivera (2007), *La instrumentalidad y la expresividad desde una perspectiva psico-socio-cultural*, México, Miguel Ángel Porrúa.

- Stallybrass, O. (1977), "Sterotype", en A. Bullok y O. Stallybrass (dirs.), *The Fontana Dictionary of Modern Thought*, Londres, Fontana/Collins.
- Sánchez-Mellado, Luz (2010), "La sexualidad es como las lenguas. Todos podemos aprender varias", entrevista a Beatriz Preciado, *El País*, en línea [http://elpais.com/diario/2010/06/13/eps/1276410414_850215.html], consultada el 7 de noviembre de 2013.
- Tajfel, Henri (1984), *Grupos humanos y categorías sociales*, Barcelona, Herder.
- Vendrell, Joan (2004), "La centralidad de la sexualidad en la era moderna", en Gloria Careaga y Salvador Cruz (coords.), *Sexualidades diversas. Aproximaciones para su análisis*, México, PUEG-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, pp. 65-93.
- Wagner, Peter (2002), *Sociología de la modernidad*, Barcelona, Herder.